

la mutualidad maternal, de las subsistencias, del saneamiento del pan y la salud. Agregó: "Sé que no he dicho nada nuevo, pero he dicho muchas verdades. Entró en consideraciones sobre el censo de población de España, la natalidad y la mortalidad, demostrando que hay un derroche de vidas que se pierden por falta de elementos de lucha contra la tuberculosis.

Terminó diciendo que ojalá las conclusiones del Congreso fuesen pocas pero eficaces y con garantías de que no corrieran la misma suerte que otras.

La brillante disertación del señor Elósegui, fué premiada con una nutrida salva de aplausos.

*Segunda Conferencia.*—La segunda conferencia estuvo á cargo del doctor Iranzo y versó sobre la psicología del tuberculoso.

El trabajo fué leído, y su índole técnica no permite más que una breve impresión del mismo. Ya anunció el mismo autor que el tema era digno de un libro y no de una conferencia.

La disertación es un concienzudo estudio del estado mental que ofrecen ó pueden ofrecer los tuberculosos, desde el niño al anciano, pasando por el adulto y particularizando la psicología especial de la mujer.

La primera parte del trabajo está dedicada á las reacciones y modificaciones que pueda presentar la meningitis, cuya sintomatología, bien característica en el niño, es variadísima en los adultos. Por eso el médico, en su papel de psicólogo, nada puede en el niño, mientras en el adulto puede hacer mucho.

El médico debe estudiar especialmente la inteligencia y el corazón de los enfermos tuberculosos, pues la clase á que pertenecen, la profesión á que se dedican, los medios de subsistencia de que disponen, el ambiente que les rodea y otras circunstancias particulares á cada sujeto, son otros tantos factores que intervienen en la determinación de la psicosis del paciente, á la cual debe adaptarse siempre la que pudiera llamarse terapéutica moral.

Iranzo distingue después de los tipos tuberculosos bien determinados, el ineducado, que recorre todas las clínicas y se indigna porque no lo curan pronto; el pesimista, caracterizado por una depresión mental que le hace desesperar de todo; el optimista (tipo el más frecuente entre los jóvenes) que es todo alegría y esperanza y no cree nunca en la posibilidad de morir; el tuberculoso que es inaguantable; el de buen corazón, dulce, obediente y amoroso siempre; el egoísta, de ferocidad inhumana, que no vacila en llevar á la ruina á los suyos por satisfacer sus necesidades y hasta sus caprichos, y que se indigna cuando los demás padecen, no porque padecen, sino porque aumentan su propio sufrimiento.

En forma muy delicada se ocupa el disertante de las exageraciones

del amor sexual en los tuberculosos, afirmando que muchas veces se es injusto al atribuírseles, pues esas manifestaciones son más bien hijas de un amor platónico que de una exacerbación erótica.

También examina el señor Iranzo el modo de morir los tísicos, diciendo que también en esto hay modalidades psicológicas, pues existen los cristianos verdaderos, siempre resignados; los espíritus fuertes, que se resisten y acaban por rendirse, los rebeldes en absoluto, que mueren como vivieron.

Otro de los puntos examinados por el docto Catedrático es el de si debe ó no debe conocer el sujeto el carácter de la enfermedad que padece.

A juicio suyo casi siempre es conveniente que lo sepa, porque así utilizará mejor los medios de defensa contra el mal. En ello no hay peligro de desesperación; que no se concibe, pues, que un individuo se suicide por conocer su mal. Sólo en determinados casos será prudente ocultar la verdad al tuberculoso.

El disertante anuncia que por falta de tiempo no entra á examinar si hay verdaderas psicosis en el tuberculoso.

En cuanto á las virtudes que deben adornar al médico, dice que la primera es la de ser psicólogo. Si su infancia en el 'orden espiritual es siempre necesaria, en la tuberculosis adquiere tal importancia que por sí solo puede hasta curarla. Nadie como el médico ha de conocer la inteligencia y el corazón del enfermo.

Debe también ser bueno y amable, sin faltarle la firmeza de voluntad. Lo amable no debe confundirse con lo débil. Asimismo ha de tener el médico, paciencia y perseverancia. Puesto al cuidado de sus enfermos, ha de sufrir con ellos y por ellos.

El resumen, el médico necesita una instrucción universal y una gran educación moral, sin ostentaciones de la una ni de la otra.

Y así terminó el señor Iranzo, tributándosele una ovación cerrada que ya tuvo "su sintomatología" en las interrupciones que se le hicieron durante el discurso. El ilustre doctor de Zaragozademostró ser un profundo psicólogo y psiquiatra, además de un escritor excelente. En algunos pasajes del discurso, su pluma ha trazado verdaderas filigranas de sentimiento humano y de estilo literario.

*Tercera Conferencia.*—La siguiente conferencia estuvo á cargo de otra eminencia española, el doctor Carracido, químico insigne, catedrático de la Universidad de Madrid, y cuya reputación quedó cimentada una vez más con motivo de su disertación sobre el tema: "Bioquímica del bacilo de Koch".

El conferenciante alcanzó un triunfo definitivo, de esos que se esculpen en la memoria de los oyentes con signos perdurables. El orador empezó por hacer una manifestación de verdadero apóstol: "Yo voy allí donde se me llama, allí donde se cree que mis modestos conocimientos pueden servir para iluminar los problemas".

Añadió después en un arranque de sinceridad, atributo inseparable de la sabiduría verdadera: "Vengo preparado todo lo más posible", cuya confesión á la vez dolorosa y sencilla resonó en la sala como un latigazo lanzado contra los sabios sin ciencia, los oradores sin palabra, los intelectuales sin intelecto...

A pesar de la importancia del tema, lo expuso con extremada sencillez; lo mismo que dos y dos son cuatro, demostró el porqué el bacilo de Koch es ácido-resistente, indicando que el cambio de coloración por los ácidos minerales diluïdos era debida á la capa de ácidos grasos que reviste al bacilo de Koch, indicando que dicha ácido-resistencia podría obtenerse simplemente echando una gota de grasa en un papel de filtro ordinario. Para hacer más comprensible la degeneración grasosa que experimentan determinadas bacterias en nuestro organismo para transformarse en las á. r. de Koch, puso varios ejemplos demostrativos y sumamente ingeniosos; uno de ellos se refiere á la comparación del cerdo silvestre al cerdo engordado, pues en efecto, el primero no tiene capa grasosa aprovechable, y el segundo adquiere la degeneración grasosa que equivale á una verdadera enfermedad por retardo nutritivo, almacenándose en gran cantidad la guanina y la adenina, que son purinas que no han sufrido la oxidación completa para transformarse en el ácido úrico (trioxipurina).—La otra comparación se refiere al jugo de las frutas que no son ricas por el azúcar que contienen, sino porque la madurez transforma los principios activos haciéndolas más sabrosas. También habló de las teorías de Darwin sobre la evolución lenta de las especies, pues hoy se demuestra científicamente y por experiencias, que también los seres orgánicos experimentan cambios bruscos, cuando unas formas se encuentran en condiciones apropiadas de ser sustituidas por otras. Extendióse luego en consideraciones técnicas, siempre en el campo de la bio-química, que no nos es posible extractar aquí, y que le valieron al conferenciante un nuevo triunfo que le consagró en su fama ya anteriormente adquirida. Por nuestra parte, quedamos admirados de los profundos conocimientos del autor, á la vez que de sus brillantes dotes de oratoria. Para muchos esta conferencia fué memorable, y yo añado, que es de lamentar no escucharan su autorizada palabra los que aún dudan del pleomorfismo del bacilo de Koch.

*Cuarta Conferencia.*—Estuvo encomendada al doctor Codina y Castellví, Director del Dispensario Antituberculoso "Príncipe Alfonso", de Madrid. El tema desarrollado fué: "La lucha antituberculosa y los Dispensarios"; en su trabajo reiteró los consejos y recomendaciones dictadas para la lucha social contra la tuberculosis; estudió con gran conocimiento de la materia la labor de los dispensarios, considerándolos como uno de los más eficaces instrumentos de defensa. Dijo que el ideal de esas instituciones sería el de cerrar con ellas todas las

fuentes de contagio, pues sería muy hermoso que también pudieran dedicarse á trabajos de investigación, pero que esto mistificaría sus verdaderas funciones. El empeño de cerrar las fuentes de contagio, es muy difícil, porque el sujeto de esta labor es el tuberculoso pobre, cuyas condiciones de vida no le permiten defenderse á sí mismo ni defender á los demás. Si el Dispensario ha de ser útil á la sociedad, debe cumplir estas funciones: que reciba á los tuberculosos y disponga el plan conveniente; que suministre alimentos y prendas de abrigo; que se hagan visitas domiciliarias, colocando á los enfermos en condiciones de limpieza cuando sea necesario; que aleccione sobre los deberes y obligaciones domésticas; que no abandone á los enfermos hasta su completa curación. La misión, pues, de los Dispensarios, está en la eficacia de esos cinco verbos: *recibir, suministrar, visitar, aleccionar, no abandonar*. Analiza el orador detenidamente cada una de estas funciones, considerándolas complementarias entre sí. Considera que la más esencial es la segunda, la de suministrar alimentos y ropas, porque nadie se cura sin comer é ir aseado, habiendo, por el contrario, quienes se curan comiendo aunque no se les administre producto farmacológico alguno.

El señor Codina y Castellví, en el curso de su extensa disertación, hace vigorosas descripciones de los horribles cuadros y los fieros contrastes que ofrece la vida, el de los miserables cuando se la compara, no ya con la de los opulentos, sino aún con la de los que podemos permitirnos un mediano pasar. A juicio del ilustrado doctor, es prácticamente posible disponer de recursos abundantes para la campaña anti-tuberculosa, contribuyendo á ella todas las clases sociales en la medida que consiente su poder económico. No hay que dejarlo todo á cargo del Estado, sino que deben ayudar los particulares, todos los ciudadanos, privándose en auxilio del pobre parte de aquello que invierte en cosas superfluas.

El señor Codina y Castellví fué muy aplaudido y felicitado.

*Quinta Conferencia.—Obscuridades y problemas difíciles de la tuberculosis*, á cargo del doctor Espina y Capo. En sus párrafos proemiales empezó por plantear uno de los problemas confusos que rodean á la tuberculosis; el de que hoy no sabemos,—no lo saben ellos—si los médicos son sociólogos ó si los sociólogos son médicos. Y de esto deducía el conferenciante que si en estos problemas, considerados en la esfera médica, hay algo de luz, son una obscuridad impenetrable, cuando se los examina en lo social. Difícil es el problema de arbitrar recursos para desarrollar contra la tuberculosis una acción defensiva á tono con la seña de las agresiones. Hace falta dinero, mucho dinero; pero, ¿cómo reunirlo? Cuando este dinero se pide en nombre del Fisco, cuando al país se le exacciona empleando para ello el rigor y hasta la violencia, el país da lo que le exigen. Pero cuando se le solicita en

nombre de la campaña antituberculosa, que es como pedirle en nombre de la humanidad, entonces no se da el dinero, ó se arranca muy trabajosamente.

Otro problema obscuro es el del contagio. Con Lister se formaron en Inglaterra, comisiones para estudiar si era ó no posible, en nombre de la profesión, atacar á las industrias alimenticias. Vino á plantearse, pues, la cuestión de la vía por donde se efectúa el contagio. Los veterinarios plantearon otro problema, el de si debían ó no ser sacrificadas las reses para la alimentación. Si se sacrificaban, era favorecer el peligro de la transmisión. Si no se sacrificaban, peligro también, porque cada res no sacrificada, supone un tuberculoso más por deficiencia de alimentación.

Problema obscuro es el del laboratorio. La profilaxis de los productos de la exportación, ha hecho necesarias las investigaciones químicas. La base de la Medicina actual y futura está en el laboratorio.

Problema obscuro es el de la herencia, más que problema, es un Océano insondable. Gracias á que nos hemos agarrado á la tabla salvadora del heredo-contagio, pero sin que se pueda precisar cuándo el contagio se efectúa. El problema de la tuberculosis, está más aún en el período constituyente. Otro asunto de obscuridad, es la época de la aparición de la tuberculosis. ¿Cuándo la conocemos, más ó menos prematuramente? No lo sabemos. La enfermedad tiene un período silencioso de elaboración, á veces de meses, de años, de siglos, porque siglo es un día en la vida del hombre con relación á los progresos que puede realizar una dolencia infecciosa.

Aún hay más. Aparece el primer brote tuberculoso. Ayudado por nosotros, al período evolutivo sucede otro período de mejoría, de calma, de silencio, que da lugar á la falsedad de las estadísticas. Hay localizaciones que no se advierten, que pasan, y luego, la segunda infancia ó en la época llamada de los institutos, educadamente peligrosa, sigue la evolución en silencio. El germen está allí. ¿Por dónde saldrá? ¿Qué período es este? No sabemos nada de él.

Llega el período de la pubertad, y este es el que más ha despertado nuestra campaña, porque el hombre á esa edad es cuando más vale, cuando se halla en plena producción. A esta edad, el consabido cata-rrito es también un período silencioso de la tuberculosis, del cual no sabemos nada. Otras obscuridades, son las diagnósticas. Las reacciones diagnósticas ofrecen sus dificultades. Hay enfermos en quienes no se operan, mientras en los curados se efectúan de una manera positiva. En esto yo me adelanto, dijo Espina y Capo, y trato al enfermo como tuberculoso, porque en ello no hay ningún peligro.

Viene la fiebre, y ahí sí que estamos á oscuras. La fiebre, ¿es un bien? ¿es un mal? Pongamos las manos sobre nuestras conciencias y á ver quién se atreve á contestar. Más temo yo á los 35 que á los 39 grados.

El conferenciante termina su hermoso trabajo, tocando incidentalmente el asunto de las tuberculinas, para recoger algunos cariñosos ataques que se le dirigieron en la tarde de anteayer.

Hace una ingeniosa comparación, entre la mujer y la conciencia, para decir que ésta, como la mujer hermosa, despierta celos, y que allí donde hay celos hay amor. No temo que se me ataque; temo que se me calumnie. No soy enemigo de la tuberculina, amo el progreso con todos sus errores más que la tradición, con todas sus verdades. Lo que no quiero es pequeñas revoluciones, sino una revolución honda y total que traiga la plena soberanía de los nuevos estados. Yo quiero ir despacio, porque soy viejo y no me gusta ni puedo correr tanto como los jóvenes. Así terminó el señor Espina y Capo, cuyas ideas hemos procurado reflejar lo más exactamente posible. Nuestros aplausos premiaron su labor.

*Sexta Conferencia.*—La desarrolló el Excmo. señor doctor Martín Salazar, disertando acerca de la "Inmunidad de la Tuberculosis".

Debido á la extensión de la misma anotaremos solamente los principales párrafos:

La ciencia, deducía el sabio conferenciante, triunfará como ha triunfado de otras, porque hay derecho á esperarlo después de los descubrimientos que han venido realizándose. Habló de los fermentos y su acción en el proceso digestivo, y citó los trabajos de laboratorio, diciendo que es verdaderamente extraño que entre tantos investigadores no hayan descubierto aún el secreto de la curación de la tuberculosis. Tal vez consista en que van por equivocados derroteros. Por eso yo,—decía,—cuando se abre un nuevo camino, le sigo con grandísimo interés.

El hombre, siempre vanidoso, ha creído que podía hacerse inmune contra los microbios, pero no ha previsto que los microbios pueden ser inmunes contra sus ataques. En la tuberculosis, los medios del ataque del germen contra el hombre son muchos, y en cambio, son pocos los que el hombre tiene contra el germen, enumerando á grandes rasgos unos y otros entre los cuales, y constituyendo la mayor defensa del microbio, el envolverse en una cápsula grasosa que le hace casi invulnerable.

Hace grandes elogios del doctor Ferrán, por el nuevo derrotero emprendido, y emite su opinión de que el Estado debe apoyarle en sus investigaciones.

Habló luego de las tuberculinas y dijo: es preciso desconfiar de las que circulan en el comercio, recomendando á los médicos no las usen en las clínicas sin auxilio del laboratorio.

No está muy conforme con el empleo de la sueroterapia en la curación de la tuberculosis, pues la curación está en los Sanatorios, discretamente ayudada por las tuberculinas.

*Séptima Conferencia.*—A cargo del doctor Queraltó. Su conferencia versó sobre "Balance social de la tuberculosis". Comienza saludando á los congresistas y dice viene á continuar su labor del Congreso de Barcelona, del cual dice que fué motivo de orgullo, pero que éste lo es más por su número, por sus trabajos presentados y porque se ha acentuado la acción social de estos congresos.

Fustiga duramente á los enemigos de estos certámenes, á título de "Vendedores de Beneficencia", y dice que no debe importarnos nada de lo que diga la opinión, y por el contrario se debe seguir elevando la voz.

En párrafos brillantes hace consideraciones desconsoladoras para la humanidad. Dice que la tuberculosis ataca hasta aquellos á quienes se creyó siempre libres de ella. Ya no es el tísico el tipo clásico del hombre flaco, con el pecho hundido, sino que está tuberculoso también el hombre grueso, que parecía estar atacado de obesidad. Comenzando por la Escuela, dice que en el Congreso de Roma se probó que los niños de 6 á 14 años, la edad escolar, eran casi todos pretuberculosos, y que de ciento ochenta autopsias de niños de 7 á 15 años, el 75 o/o acusaban la tuberculosis.

La extensión del mal es tan horrenda que hace inútil la terapéutica. Todos los hombres, casi todos, tenemos en la sangre los gérmenes de la tuberculosis, y de cada cien mayores de 20 años sólo hay libres del mal un 7 ó un 8 por ciento.

En anteriores Congresos esperábamos mucho de las escupideras; á pesar de haber preconizado las escupideras y los Sanatorios no hemos adelantado nada. Tan esto es así, que se habla ya de la imposibilidad de curar la enfermedad y hasta hay quien sostiene la conveniencia de convivir el hombre con el bacilo. Recoge la opinión del sabio Grassi, quien dijo que el dinero gastado en los Sanatorios era capital perdido. Mucho mejor empleados en el saneamiento de las capitales.

Arremete contra ciertas sociedades mal llamadas de beneficencia, que sólo sirven para el provecho de los que las mangonean, y sus juntas son para que en ellas se codee el señorón que va por honores, con el *parvenú* ó con el tendero enriquecido que se siente orgulloso de codearse con el señorón y nada le importa de la beneficencia. Censura también á las señoras, que son de esas juntas sólo por figurar, cuando las mujeres son principalmente las que con su acción en la casa han de ser las primeras combatientes contra la tuberculosis. A este fin cita el ejemplo de varias asociaciones de señoras en Estados Unidos y Alemania.

Enumera con datos y cifras la labor de las oficinas de investigaciones higiénicas de viviendas en París, y á pesar de haber trabajado mucho, si se ha conseguido bastante en la rebaja de la mortalidad general, nada en la rebaja de mortalidad por tuberculosis.

Esta no es una enfermedad que nosotros adquirimos, esta es la historia de las locuras de veinte siglos, y éstas no se curan con medicinas, ni llevando á los Sanatorios á los enfermos para echarles un remiendo y lanzarlos otra vez á la vida miserable que antes arrastraron. Un Sanatorio ideal es la Isla de Madera, que es un vergel con bosques magníficos, repletos de eucaliptos, y allí la tuberculosis diezma á sus habitantes, porque éstos comen poco y mal, trabajan con exceso y beben mucho alcohol de caña. Las grandes masas humanas son estúpidas para la educación: "el bacilo es inocente, es el hombre el que se ha empeñado en hacerlo grande". Exhorto á los médicos á que no se conformen á ser despachadores de recetas, sino á que luchen contra la estulticia humana, no ocupándose sólo del enfermo, sino preferentemente del sano, para que continúe siéndolo.

Estudiemos las bases en que se asientan las actuales sociedades y luchemos por ellas.

*Octava Conferencia.*—A cargo del doctor Royo Villanova. Empezó diciendo que sustituía en la Tribuna al eminente doctor Rodríguez Méndez, de quien hizo calurosos elogios. Aludió al Congreso de Eugénica celebrado hace poco en Londres, para decir que cree vendrá un tiempo en que la regla general y no la excepción será ver las razas fuertes y vigorosas, y que estos hombres futuros, sanos de cuerpo y de espíritu, harán innecesarios los médicos y los abogados. Mientras esto no ocurra, todos los ciudadanos, todas las clases, todos los partidos, todos los Gobiernos deben mirar el problema de la tuberculosis como uno de los más importantes.

Aportó datos estadísticos para demostrar cuán numerosas son las víctimas arrebatadas á la vida por la tuberculosis. Si encima del dinero y de la sangre que representan esos millares y millares de muertos, considérase la tristeza de tantas viudas, de tantos huérfanos, dígase si no se oprime el corazón ante esta gran catástrofe de la humanidad, más grande que las que producen las guerras y las epidemias y los cataclismos más tremendos.

Nos horrorizamos ante los numerosos naufragios y los violentos terremotos; se nos pone la carne y hasta el corazón de gallina ante los conflictos bélicos; temblamos ante los estragos de la peste y el cólera; sin embargo, nos quedamos indiferentes ante la acción de la tuberculosis, más grande que la de todos esos azotes.

¿Sabéis por qué no concedemos importancia á la tuberculosis? ¿Sabéis por qué los Gobiernos no prestan atención al problema? Pues porque vivimos en una ciencia de penúltima moda. Hay que distinguir en la tuberculosis, la enfermedad de los médicos y la enfermedad de los sociólogos. Y lo importante es la enfermedad social, cada vez mayor, mientras la enfermedad personal es cada vez menor. El tanto por ciento de las defunciones ha disminuído gracias á nosotros, pero